

MAYO-----MES DE -----MARÍA

RECUERDO DE NIÑO A MARÍA

Recuerdo con nostalgia mi infancia, cuando íbamos al colegio en el mes de mayo. Hacíamos un homenaje especial a nuestra madre María, poniendo su imagen en un pequeño altar que se hacía grande con las margaritas y las flores que, con tanta ilusión, todos le llevábamos en tarritos o vasos de cristal con agua para que se conservaran más tiempo frescas, y cada uno estábamos pendientes de la pequeña ofrenda que le habíamos hecho a nuestras Madre.

También recuerdo que todos juntos le cantábamos a coro, como pajarillos de primavera, cantares que se van dejando de recitar. ¿Qué nos impide hacer hoy, de mayores, lo mismo?.

El estrés, el trabajo, los negocios y las muchas innecesarias obligaciones de cada día que nosotros mismos nos adjudicamos.

Yo os propondría a todos y a mi mismo dos formas de agradar a nuestra madre:

* 1ª Un altar en cada una de nuestras casas y ponerle las mejores esencias y flores que tengamos en este mes de mayo.

* 2ª Hacer un altar simbólico en nuestras familias, quitando asperezas y buscando cada uno lo mejor para el otro. Al mismo tiempo que nos sentiremos más felices, haremos a nuestra madre del cielo la mejor ofrenda.

Con este grato recuerdo vamos a invitarnos todos a intertarlo en este mes de mayo, y si nos fuese posible los trescientos sesenta y cinco días del año. Para que nuestro pueblo de Herencia haga honor a lo marianos que decimos ser. Hagámonos niños para tener siempre perennes estos gratos recuerdos.

J.J. Portillo.

¡MADRE!

Hay una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su alma, y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados. una mujer que siendo joven tiene la reflexión de una anciana y en la vejez trabaja con el vigor de la juventud. La mujer que si es ignorante descubre los secretos de la vida con más acierto que un sabio, y si es instruida se acomoda a la simplicidad de los niños. Una mujer que siendo pobre se satisface con la felicidad de los que ama, y siendo rica daría con gusto todo su tesoro por no sufrir en su corazón la herida de la ingratitude. Una mujer que siendo vigorosa se estremece con el llanto de un niño, y siendo débil se reviste, a veces con la bravura del león. Una mujer que mientras vive no la sabemos estimar porque a su lado todos los dolores se olvidan, pero después de muerta daríamos todo lo que tenemos por mirarla de nuevo un solo instante por recibir de ella un solo abrazo, por escuchar un solo acento de sus labios.

De esa mujer no me exijáis el nombre si no queréis que empape de lágrimas vuestro álbum, porque ya la vi pasar en mi camino.

Cuando crezcan vuestros hijos leedles esta página y ellos cubriendo de besos vuestra frente, os dirán que un humilde viajero en pago del suntuoso hospedaje recibido ha dejado para vos y para ellos un boceto del retrato de su Madre.

M. Ramón Ángel Jara.
Obispo chileno.

